

San José, un gran maestro



MONSEÑOR RICARDO TOBÓN RESTREPO¹

El Evangelio nos presenta a San José en silencio y a veces durmiendo y soñando. Sin embargo, la vida de San José es una permanente peregrinación por los proyectos de Dios, una escucha atenta de los mensajes que le trae el Ángel del Señor, un corazón abierto y disponible para todo lo que se le confía como parte de una gran misión.

En el fondo, el alma de cada ser humano está en contacto con Dios. Dios está cerca de cada uno de nosotros y nos quiere hablar al corazón. Sin embargo, nosotros vivimos afeitados por tantos intereses y preocupaciones, estamos llenos de imágenes y deseos, hemos construido tantos muros, que no somos capaces de escuchar cuando su voz llega a nuestro interior.

En nuestro tiempo nos hemos hecho capaces de dominar el mundo, pero este poder sobre las cosas ha reducido nuestra capacidad de percepción y, con frecuencia, estamos dominados por los objetos; nos vemos solo a nosotros mismos y no sabemos escuchar la profundidad de la creación, que nos habla de la belleza y de la bondad de Dios.

José es capaz de ir a lo más recóndito e insondable, es el hombre de la concentración y de la disponibilidad interior. Él nos invita a alejarnos del ruido de los sentidos, a fin de que reencontremos nuestra lucidez y nuestra agudeza; él nos enseña a mirar hacia adentro y hacia lo alto; él nos dice que debemos ser sensibles a Dios que toca y habla a nuestra alma.

José está siempre dispuesto a lanzarse a ejecutar la voluntad de Dios. Como María que se declara la esclava del Señor, también José se identifica con el servidor, que está pronto a decir como Isaías en la hora de su vocación: “aquí estoy; envíame a mí” (Is 6,8). Está dispuesto a dejarse conducir aun donde no quiere. Su vida es una sucesión de misiones aceptadas y realizadas.

Todo comienza cuando el Ángel lo inicia en el misterio de la maternidad divina de María, en el secreto mesiánico, e interrumpe así bruscamente su vida tranquila y modesta haciéndolo entrar en la aventura de Dios con los hombres; una experiencia parecida a la de Moisés en la zarza ardiente.² Así se da el encuentro directo con el misterio, del cual José debe ser testigo y eminente colaborador.³

Inmediatamente hay otro mensaje; el nacimiento del Mesías no puede ser en Nazaret y José debe ir a Belén; pero no puede ser ni siquiera en la ciudad,



¹ Arzobispo de Medellín. Licenciado y doctor en Filosofía de la Universidad Gregoriana de Roma; actualmente vicepresidente de la Conferencia Episcopal de Colombia (CEC)

² Cf. Ex 3,4.

³ Cf. Mt 1,18-21.



Archivo Arquidiócesis de Medellín

sino en un establo, porque los suyos no lo recibieron. Un nuevo encuentro con el Ángel conduce a José al exilio en Egipto, allí vive con su familia la suerte de los exiliados, que no tienen un espacio en un país extranjero.⁴

Después llega el difícil momento en que Jesús se ausenta por tres días, como anunciando los tres días en el sepulcro antes de la Resurrección. Y de la misma forma que el Resucitado no vuelve a su antigua vida y pide que no lo toquen porque va al Padre, así ahora aparece más grande el misterio de Jesús que resitúa a José, porque el Hijo debe estar en las cosas del Padre.⁵

Y, finalmente, José muere sin poder ver la revelación de la misión de Jesús. Para él todo queda escondido en el silencio, en el sufrimiento, en la fe, en la esperanza. Esta vida no se orienta a buscarse a sí mismo y a hacer lo que se quiere. José no posee su vida, sino que la entrega; él se coloca en las manos de Dios, allí donde la persona verdaderamente se encuentra a sí misma.⁶

Es solamente, como enseña Jesús, en la pérdida de sí mismo, en la entrega de sí mismo, donde la persona se encuentra y puede ganar su vida, no bajo el dominio de la propia voluntad, sino haciendo la voluntad de Dios.⁷ Y es precisamente en ese momento, como oramos en el Padrenuestro, cuando, al menos en una vida humana, la tierra se parece al cielo.

Y así José, el que se entrega, el que se pierde como la semilla que muere en la tierra, anuncia al Crucificado y al Resucitado, muestra el camino de la fidelidad y de la vida en plenitud.⁸ Solo si aprendemos a seguir el proyecto de Dios, como José, lograremos volver amable y luminosa la tierra. Solo si seguimos el camino de la fe, lograremos mostrarle al mundo la posibilidad del amor y la esperanza.

San José, el hombre de la fe, de la disponibilidad, de la obediencia, de la entrega de sí mismo para realizar los planes de Dios y servir a la humanidad es modelo y aliento en nuestro camino vocacional y es ejemplo y aliciente para dedicarnos a cumplir con generosidad y alegría la misión que Dios nos confía, para dedicarnos a mostrar la nueva vida del Evangelio a todos los que encontremos en el camino.

⁴ Cf. Mt 2,13-15.

⁵ Cf. Lc 2,49.

⁶ Cf. Mt 19,39; Lc 9,24.

⁷ Cf. Lc 22,42.

⁸ Cf. Jn 12,24.